



ARLEQUÍN

# Anfiteatro

Alejandro Arteaga



## DIRECTORIO

Héctor Antonio Astudillo Flores  
Gobernador Constitucional del Estado de Guerrero

Alejandra Frausto Guerrero  
Secretaria de Cultura del Gobierno Federal

Rodolfo Mauricio Leyva Castrejón  
Secretario de Cultura del Estado de Guerrero

Esther Hernández Torres  
Directora General de Vinculación Cultural del Gobierno Federal

Tonantzin Arcadia Romero Hernández  
Coordinadora de Fomento a la Lectura de la Secretaría de Cultura de Guerrero

Éber Yaír Sánchez Montañez  
Coordinador Administrativo de la Secretaría de Cultura de Guerrero

Edición realizada con el apoyo de la Secretaría de Cultura  
a través del Apoyo a Instituciones Estatales de Cultura (AIEC) 2020.



Alejandro Arteaga

# Anfiteatro





Dirección editorial:  
Felipe Ponce • Elizabeth Alvarado

Obra ganadora del XIII Premio Nacional de Novela y Poesía Ignacio Manuel Altamirano 2018, en la categoría de novela, convocado por el Gobierno del Estado de Guerrero a través de la Secretaría de Cultura, en coordinación con la Secretaría de Cultura Federal.

Jurado: Mauricio Carrera y Raúl Anibal Sánchez

© Alejandro Arteaga

D.R. © 2021 Arlequín Editorial y Servicios, S.A. de C.V.  
Teotihuacan 345, Ciudad del Sol,  
45050, Zapopan, Jalisco.  
Tel. (52) 33 3657 3786 y 33 3657 5045  
arlequin@arlequin.mx  
www.arlequin.mx

ISBN 978-607-8627-28-8

Se editó para publicación digital en junio de 2022.

Hecho en México

Para Fabiola Ruiz Reyes,  
porque aquí debe estar tu nombre.

Un fantasma recorre Europa  
ADOLF HITLER

Un error original acaso valga más que una verdad  
insignificante. La verdad siempre se encuentra; en  
cambio, la vida puede enterrarse para siempre  
FIÓDOR DOSTOIEVSKI

# Índice

[Dedicatoria](#)

[Epígrafe](#)

[I](#)

[II](#)

[III](#)

[IV](#)

[V](#)

[VI](#)

[VII](#)

[VIII](#)

[IX](#)

[X](#)

[XI](#)

[XII](#)

[XIII](#)

[XIV](#)

[XV](#)

[XVI](#)

[Galería](#)

[XVII](#)

[XVIII](#)

[XIX](#)

[XX](#)

[XXI](#)

[XXII](#)

[XXIII](#)

[XXIV](#)

[XXV](#)

[XXVI](#)

[XXVII](#)

[XXVIII](#)

[XXIX](#)

[XXX](#)

I

—Valerie Lefebvre ha muerto —dijo la voz en el teléfono.

## **CONSTRUYE “PIEZA DE ARTE” CON LOS RESTOS DE SU MUJER**

*Aterrador hallazgo en el distrito de Döbling*

*Viena, Austria.* En una casa del distrito vienés de Döbling fue descubierto en vísperas un retablo con los restos de una mujer de origen francés llamada Valerie Lefebvre. Las partes del cuerpo desmembrado fueron sujetas a un panel de madera y colocadas sobre un caballete en el centro del estudio de su hogar. La aparente limpieza de la casa hace suponer a las autoridades que la mujer fue asesinada en otro sitio. El principal sospechoso del crimen, y aprehendido la misma tarde de ayer en una céntrica calle de la ciudad, es su esposo, el artista plástico Leopold Helden, cuyo trabajo se caracteriza por el uso de restos de animales disecados —entre otros elementos *sui generis*— para construir sus piezas. La macabra escena fue reportada a las autoridades por un trabajador de la casa. Al presentarse a laborar, el hombre halló la puerta abierta y, tras buscar sin éxito a sus habitantes, se encontró con el retablo.

## El artista Leopold Helden, principal sospechoso del asesinato en Döbling

VIENA • KRONEN ZEITUNG

El afamado artista austriaco Leopold Helden ha sido encarcelado en Viena. Se le acusa de haber participado en el crimen de su esposa, la francesa Valerie Lefebvre, cuyos restos fueron descubiertos en el estudio de su casa en un exclusivo barrio de la ciudad.

Durante su arresto, y ante las preguntas de la prensa, Helden no admitió ni desmintió su culpabilidad. Se espera que, en los próximos días, las investigaciones echen luz sobre la escabrosa pieza de arte construida con los restos de la académica gala.

El crimen ha causado revuelo en diversos sectores de la vida cultural del país y entre miembros del parlamento, quienes han exigido su pronto esclarecimiento.

# BRUTAL CRIMEN CONMOCIONA A LA SOCIEDAD AUSTRIACA

VIENA • REUTERS

El cadáver de la académica e historiadora de arte de origen francés Valerie Lefebvre fue hallado la mañana de ayer en su casa del distrito de Döbling, en Viena. Las partes del cuerpo desmembrado de la mujer fueron dispuestas en un panel de madera en el centro del estudio de su esposo, el artista austriaco Leopold Helden, quien ha sido señalado como el principal sospechoso de un crimen que ha visto inmediatamente el repudio y la indignación de diversos sectores de la sociedad austriaca, en especial del Ministerio de justicia local y de la Academia de Bellas Artes de Viena.

Werner Shörn, un trabajador de la residencia, dio aviso a las autoridades la mañana de ayer luego de encontrarse con la macabra escena.

Luego de las primeras indagaciones del Servicio de Investigación Criminal, se giró una orden de aprehensión en contra de la pareja sentimental de Lefebvre, Leopold Helden, un controvertido artista contemporáneo altamente cotizado en el mercado de arte en Europa, quien ha merecido numerosas exposiciones en los más prestigiosos museos y galerías de tres continentes. Las obras de Helden se distinguen por el uso, entre otros, de desechos orgánicos, sangre, heces fecales, cenizas y animales disecados. Según fuentes extraoficiales, la policía halló en el domicilio evidencias irrefutables que lo incriminan.

El mismo día del descubrimiento del cuerpo, agentes del servicio de investigación aprehendieron al artista a la salida de la Snuf Gallery en céntricas calles de la ciudad.

### III

[BUZÓN DE VOZ]

¿Es usted Antoine Arnoux? Represento a la policía de la ciudad de Viena. Una disculpa, mi francés es casi escolar. Una lamentable noticia: Valerie Lefebvre ha muerto asesinada. Su esposo, Leopold Helden, fue aprehendido como probable autor del crimen. Le pido, si es posible, se comunique a este número para zanjar los asuntos legales: el reconocimiento del cuerpo y su disposición.

## IV

Una muerte salvaje es un manto negro que lo cubre todo. En más de una ocasión, luego del crimen, maldije haber conocido a Valerie en ese pasillo universitario, en una época perfecta, mientras ella comenzaba sus estudios de historia del arte y yo de literatura, rodeados del más patético panorama y sus lacrimógenos detalles. Era como si todo se hubiera preparado durante años para un desenlace monstruoso. E incluso cuando me enteré de su muerte, sospeché que las obsesiones académicas de Valerie habían trazado el camino.

Las investigaciones de la policía austriaca apuntaban a Leopold Helden, pareja actual de Valerie, como probable autor del asesinato y puesta en escena. A base de endeble silogismos, los agentes concluyeron que Helden, en su calidad de artista conceptual y, por supuesto, en la naturaleza de su producción —grotescas esculturas fabricadas con partes de animales disecados, lienzos cubiertos con secreciones humanas, etcétera—, degolló y luego decapitó a Valerie, desmembró el cuerpo y, por último, en el éxtasis de una imaginaria aunque improbable cima plástica, armó y dispuso un retablo en su casa de las afueras de Viena para asombro, incluso, de él mismo. El móvil del asesinato: la construcción de una obra cumbre.

Pero cuál.

No juzgaba posible que Leopold, siendo como era —un hombre engreído pero cobarde, ambicioso pero incapaz—, asesinara a Valerie de esa forma y para los fines que la policía vienesa presumía. En todo caso, la puesta en escena pudo ser una obra maestra o la tibia pretensión de una

gran obra; sin embargo, Helden definitivamente no era su autor. Aunque le guardaba un odio velado por haber contribuido, en cierta medida, a mi separación de Valerie, hallé rastros de verdad en su inocencia declarada.

Renuente siempre a aceptar las verdades categóricas de los extraños —y, sobre todo, de los amos de la justicia—, puse en marcha mi propia búsqueda. Admito que, en un principio, además de no asimilar la muerte de Valerie —con quien había vivido siete años durante mi ahora lejana juventud— y las condiciones en las que se dio, creí que lo mejor sería olvidarme de ese asunto y hacer mi vida; quedarme en casa, en la certidumbre de mis libros y mi soledad. Porque era tan sencillo y, al mismo tiempo, tan complicado involucrase en lo controlable en apariencia, en los libros, la escritura y los cafés, como en una frazada o un escudo, y aguardar la vuelta de tuerca que seguro no llegaría. De cualquier modo, hay cosas que uno comprende en un instante: ese crimen iba a perseguirme adonde fuera; aunque intentase esconderlo o evadirme, aparecería como un majestuoso quiste, como una tragedia perenne en mi escritura y en mi vida.

Y aquí está.

Asimismo —debo confesar sin rubor—, la presentida historia oculta de ese homicidio me causó una fascinación obscena. En lo más escalofriante de esa trama, supuse —y supuse bien— que debía hallarse un horror aún desconocido aunque estimulante. Y arropado por una pausa indeterminada en las clases que impartía en la universidad, concluí que era el momento de emprender algo distinto.

Luego de leer todas las notas de la prensa a mi disposición, los rastros, las descripciones del lugar, el hallazgo del cadáver y las tempranas pesquisas, y como según había aprendido mediante la literatura que tenía a la mano, resolví que debía hacerme de una estrategia, como todo buen detective.

En breve, una ocurrencia me iluminó.

Leopold Helden sostenía una amistad de hierro con el duque Vitold Óblanov —un excéntrico intelectual y coleccionista suizo—, y sospeché que Valerie, en el ánimo de sus investigaciones universitarias, lo habría conocido en su casa, en Berna. Ella siempre habló desmedidamente de ese hombre. Lo primero, decidí, antes de trasladarme a Viena, era hablar con el duque, hacerlo mi confidente. Un trabajo nada sencillo y que se complicaba con mi impericia. Solicité entonces el auxilio de mi viejo amigo Milan Stokovich, un escritor que reside —o residía— en la ciudad de Óblanov, para hacer más amable esa incursión.

# V

—Soy un monstruo de cuerda —nos dijo el gigante.

El enano iba y venía por la sala trayendo un sinfín de platos colmados de semillas y aperitivos, una abundante gama de canapés y aguas de colores, hojaldres y refrigerios que, así fuésemos una docena de hombres, no alcanzaríamos a deglutir nunca. Teníamos a nuestra disposición un auténtico laboratorio como preámbulo del almuerzo que nos había ofrecido el duque. Sin embargo, las innúmeras posibilidades me dañaron el apetito que, desde horas antes, me agobiaba ya en los augustos portales de la Münsterplatz a la espera de mi colega Milan Stokovich.

Abriéndonos paso entre la bruma y la nieve que inundaban las calles, acudimos temprano a la residencia. Recorrimos la muralla periférica hasta que un sujeto enorme nos condujo frente a una amplia abertura en el muro que nunca habríamos descubierto solos. Esa blanca mañana de octubre, la nevada se mudó en llovizna y esa visita, en una auténtica caja de sorpresas.

—Soy un monstruo de cuerda —dijo de nuevo el gigante, quien seguía de pie a un lado de los sillones que bordeaban la suntuosa sala adonde fuimos convidados, cuales viejos tributarios de la nobleza, a esperar a nuestro anfitrión, el viejo y receloso duque Vitold Óblanov. Y el gigante, sin abandonar la ligera sonrisa que le arqueaba los labios, nos veía alternadamente a uno y a otro, vigilando, quizá, cualquier movimiento nuestro, un imperceptible guiño o el gesto que revelara la trampa.

Milan Stokovich me confió al oído que el gigante le recordaba apenas a un oficial de la inteligencia suiza, pero

no podía asegurarlo.

Con solo echar una ojeada a las paredes del pasillo por el que nos condujo el gigante y a la sala de la comilona imposible, descubrí cuadros de gran valía. Seguro eran producto del tráfico ilícito, porque justo en la esquina del primer pasaje, vi *La cena de Prometeo*, de Giorgio Vasarelli, una obra desaparecida años atrás del Museo del Parlamento. Vi uno de los tantos planos de *El Gran Vidrio*, de Marcel Duchamp, en el refectorio. Vi un Klee, un Warhol, un Klimt, incluso un Magritte, todos extraviados hasta entonces y hasta ahora. Y, precisamente, veníamos en busca de una pieza de arte o algo parecido, hacia allá nos guiaba mi pesquisa ignorante.

En el espeso bigote, en los ojos hundidos y las ojeras, en los prominentes pómulos adiviné el origen turco del gigante. Por un momento, como en una espantosa prolepsis, creí ver cómo ese hombre, solo con sus manos, nos destrozaba a mí y a Stokovich, cual si fuésemos dos muñecos de paja, frente a los ojos del duque. Una sensación, sobra decirlo, nada agradable.

Y el enano en lo suyo: nos acercó todavía un tazón con pequeños trozos de carnes frías y pan de centeno, una jarra de té y una canasta de uvas. De pronto creí que el del enano era un acto para distraer a los visitantes, una sutil cortina de humo para que no descubriésemos un objeto o un ambiente extraño o lo que fuera. Mas esa reflexión no me convenció del todo y, en poco tiempo, concluí que pensar sistemáticamente en la posibilidad de dobles juegos, en el escamoteo *a priori* de la gente a mi alrededor, me comenzaba a dañar sin remedio alguna zona del cerebro. Yo no era un detective, vivía sin la templanza necesaria, con el siempre inútil delirio persecutorio.

Y me creí a punto del vómito cuando vi aparecer la espigada silueta del duque por la curva de la escalera. El gigante hizo una reverencia más cercana a la esclavitud que a la cortesía. El enano emitió un graznido —al parecer habitual— y, saltando, se escabulló tras un busto de bronce.

El duque era un hombre de mediana edad, rubio, de facciones duras, pero de gestos refinados hasta el amaneramiento.

—Buenos días, caballeros. Acepte, por favor, *monsieur* Arnoux, mis condolencias por el amargo suceso reciente. Espero que mis asistentes hayan sido cordiales y obsequiosos con ustedes.

—No lo dude —dije—, hasta la saciedad.

El gigante soltó una carcajada y se cubrió la boca sin dejar de reír.

Sereno, el duque tomó un bastón del atril de armas antiguas que se alzaba a un lado de su sirviente. Un hermoso bastón con pomo de plata. El atril guardaba mosquetas, florines, mandobles y carabinas en perfecto estado, según nos presumió más tarde nuestro anfitrión.

—Por lo que me contó por teléfono —dijo Óblanov jugando con el bastón entre los dedos—, desean hallar una peculiar pieza de arte. Si lo consienten, luego del desayuno podremos hablar largo sobre ello. Supongo que también para ustedes los alimentos guardan cercanía con lo sagrado. Por aquí, si me hacen favor.

El comedor era un salón de altas paredes, adornado con antiguos cuadros de gran formato, lienzos que representaban a cada una de las ocho hamadriades y parecían pintados bajo la influencia de Caravaggio o de Gentileschi. Un largo ventanal mostraba en los cristales sin paño la lenta película de una nevada que se antojaba eterna.

Traté de reparar en cada detalle, por minúsculo que fuese: el trazado de la casa, los cuadros en las estancias y los salones, el discurso y las inflexiones del duque y su servidumbre... pues en los detalles —lo aprendí en Conan Doyle y en Chesterton; lo reafirmé en Hammett— se halla la clave para resolver cualquier situación. Mentalmente, todo puede ser resuelto si se aprende a observar: conocer el contenido de un libro desde otro, prevenir una catástrofe

inminente, obtener la distancia de la Tierra a la Luna con un par de cifras.

Como era de esperarse, el desayuno no estuvo exento de abundancia y barroquismo. El duque devoró la mayoría de los platos que le fueron servidos. Stokovich y yo apenas picábamos uno y lo hacíamos a un lado. Aun así, quedamos satisfechos y algo asqueados por la cantidad de platillos que le vimos engullir a Óblanov.

Nos instalamos casi en abandono, luego de los alimentos, en una sala de juegos de mesa donde fumamos hachís y bebimos merlot. El enano y el gigante nos rondaban como rémoras, contribuían sin pausa al cortejo de su amo, celebraban sus palabras y lo procuraban en extremo.

—Deseo seguir la ruta que siguió Valerie —dije con premura en medio de algún intercambio sin importancia

El duque se quedó a la mitad de una palabra sin abandonar su gesto de suficiencia. Supuse que el tema no era de su agrado, que, de no ser por mi abrupta interrupción, lo aplazaría hasta reducirlo a unas cuantas frases o hasta que nuestra estancia se hiciera insostenible.

—¿Seguir su ruta? —dijo con sorna— ¿Adónde cree usted que se dirigía?

—No sé si buscaba exactamente una pieza de arte, un cuadro, una escultura, un objeto, a lo mejor los planos de una instalación, no sé, el guion de un *performance*, aún no lo tengo claro.

El gigante estiró su largo brazo y encendió la pipa de Stokovich. Óblanov se acomodó en su silla y llamó al enano.

—Poseo cientos de obras, *monsieur* Arnoux —tomó un par de pastillas que le acercó el pequeño hombre—. Llevo en esto mi vida entera —los sirvientes asintieron con gravedad—. Muchas personas recurren a mí, coleccionistas y curadores, privados y públicos. Además de poseer una importante colección, también conozco la ruta de compra en casi toda Europa y Estados Unidos. Soy consejero cultural en este país, no lo olvide. Ayudo a armar exposiciones y pequeños patrimonios. Todo mundo acude a